



REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN
PREVENCIÓN DE DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

DESASTRES & SOCIEDAD

Y

Enero-Junio 1996 / No.6 / Año 4

***Especial : Predicciones, Pronósticos, Alertas
y Respuestas Sociales***

REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN PREVENCIÓN DE
DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

LA RED

Red de Estudios Sociales en Prevención de
Desastres en América Latina

1996

Transcurrida ya más de la mitad del Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales, muchos pueden ser los aspectos aún intocados y algunos los límites que pueden estar ya anunciándose. Sin embargo, los desastres más y menos recientes concitan la atención de una comunidad cada vez más importante de expertos y una elaboración cada vez más también cada vez más rica y especializada se muestra ante los ojos de los lectores de habla hispana. El presente número de *Desastres & Sociedad* comprueba la certeza de esta afirmación. Artículos que tratan casos de diferentes países de América Latina y del Hemisferio y que, al mismo tiempo, sacan conclusiones generales sobre los temas que tratan; permiten también reconocer importantes pasos en el planteamiento de los problemas que, como sabemos, es una parte importante de la solución. Esto puede verse tanto en la selección de artículos sobre diversos temas que constituyen su primera parte como aquellos de sus secciones especiales. En particular, el Especial Sobre Predicciones, Pronósticos, Alertas y Respuestas Sociales, con las más recientes contribuciones sobre el tema.

El Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales declarado por las Naciones Unidas para los años 1990-2000, ha creado un escenario que involucra a un conjunto de actores. Transcurrida ya más de su mitad, cabe preguntarse qué temas ya han sido tocados, en cuáles se han producido cambios, cuáles pueden ser los objetivos al año 2000. Es probable que los avances hasta aquí logrados hayan sido fruto de la confrontación de posiciones, de la afirmación de diferencias, de haber creado una plataforma para acceder a un diálogo certero. Es hora que el diálogo comience a producir cambios en las posiciones iniciales; programas que den cuenta del mismo: discursos y acciones superiores a la Primera Mitad del Decenio a la medida de sus objetivos. Puede haber llegado el momento en que el conjunto de actores del Decenio, en América Latina y en el mundo, se estén jugando la posibilidad de que el Decenio no termine como un conjunto de escaramuzas en una batalla de miniatura sino como una batalla ganada en el espacio de la realidad. *Desastres & Sociedad* quiere seguir contribuyendo con este número, a que el presente cuente con los materiales de reflexión y lectura que abran esa posibilidad.

LITERATURA Y DESASTRES

POEMA SOBRE EL DESASTRE DE LISBOA O

EXAMEN DE ESTE AXIOMA: TODO ESTA BIEN

Voltaire

¡Oh infelices mortales ! ¡ Oh tierra deplorable!
¡Oh espantoso conjunto de todos los mortales!,
¡De inútiles dolores la eterna conversación!
Filósofos engañados que gritan: "Todo está bien",
Vengan y contemplen estas ruinas espantosas!
Esos restos, esos despojos, esas cenizas desdichadas,
Esas mujeres, esos niños, uno sobre otro, apilados,
Debajo de esos mármoles rotos, esos miembros diseminados;
Cien mil desventurados que la tierra traga
Ensangrentados, desgarrados, y todavía palpitantes,
Enterrados bajo sus techos, sin ayuda, terminan
En el horror de los tormentos sus lamentosos días.
Frente a los gritos, a medio formar, de sus voces moribundas
y frente al espantoso espectáculo de sus humeantes cenizas
¿Dirán ustedes: "Es el efecto de las eternas leyes
que, de un Dios libre y bueno, necesitan la decisión?
¿Dirán ustedes, al ver ese montón de víctimas:
"Se ha vengado Dios; su muerte paga sus crímenes?"
¿Qué crimen, qué culpa cometieron esos niños,
Sobre el seno materno aplastados y sangrientos ?
¿Tuvo Lisboa, que ya no es, más vicios
que Londres, que París, en los deleites hundidas ?
Lisboa queda hundida, y en París se baila.
Ustedes espectadores tranquilos, espíritus intrépidos,
Contemplando los naufragos de sus hermanos moribundos,
En paz buscan las causas de las tempestades:
Pero, cuando de la suerte adversa, los golpes reciben,
Devenidos más humanos, como nosotros también ustedes lloran.
Créanme, cuando la tierra entreabre sus abismos,
mi llanto es inocente y legítimos mis gritos.
Rodeados por todos lados de las crueldades de la suerte,
Del furor de los malos, de las trampas de la muerte,
Padeciendo los golpes de todos los elementos,
Compañeros de nuestros males, permítannos los llantos.
Es el orgullo, dicen ustedes, el sedicioso orgullo,
El que, mientras estamos mal, pretende que podamos estar mejor.
Vayan a interrogar las riberas del Tajo;
Hurguen en los despojos de ese sangriento estrago;
Pidan a los moribundos, en esa morada de horror,
Si es el orgullo quien grita: "¡cielo, socórreme!

¡ Cielo, ten piedad de la miseria humana!"
"Todo está bien, dicen ustedes, y todo es necesario"
¿Qué, el universo entero, sin ese infernal abismo,
Sin engullir Lisboa, hubiese estado peor ?
¿Están ustedes seguros que la causa eterna
Que todo lo hace, todo lo sabe, y todo lo creó para ella,
No hubiera podido lanzarnos a esos tristes climas
Sin formar volcanes encendidos bajo nuestros pasos?
¿Así limitaría usted a la suprema potencia?
¿Le prohibiría usted ejercer su clemencia?
¿El eterno artesano no tendrá en sus manos,
Infinitos medios, ya listos para su designios?
Humildemente deseo, sin ofender mi amo,
que ese abismo encendido, de azufre y salitre,
Hubiese encendido sus fuegos al fondo de los desiertos.
A mi Dios respeto; pero quiero al universo.
Cuando el hombre se atreve a gemir de tan terrible desgracia,
¡Ay! No es por orgullo, es sólo sensible.
Los pobres habitantes de esas tierras desoladas
¡En el horror de los tormentos, encontrarían consuelo
Si alguien les dijese: "Caigan, tranquilos mueran;
Para la felicidad del mundo se destruyen sus refugios;
Otras manos levantarán sus palacios calcinados,
Otros pueblos nacerán en sus muros derruidos;
El norte se va a enriquecer con sus pérdidas fatales;
Todos sus males son un bien en las leyes generales;
Con el mismo ojo, Dios los mira a ustedes y a los viles gusanos,
Cuya presa serán pronto ustedes en el fondo de sus tumbas !"
Para desventurados ¡que horrible lenguaje!
Cruelles, a mis dolores no añadan el insulto.
No, a mi trastornado corazón, ya no presenten
Esas inmutables leyes de la necesidad,
Esa cadena de los cuerpos, de los espíritus y de los mundos.
¡oh sueños de sabios! ¡Oh profundas quimeras!
En su mano tiene Dios la cadena, sin ser El mismo encadenado;
Su benéfica decisión todo lo ha determinado:
El es libre, justo, y en nada implacable
¿Por qué pues sufrimos con tan equitativo dueño?
he allí el nudo fatal que quedaba por desatar.
¿Curarán ustedes sus males, atreviéndose a negarlos?
Todos los pueblos, temblando bajo una divina mano,
Del mal que ustedes niegan, el origen han buscado.
Si la ley eterna que mueve a los elementos,
Las rocas hace caer bajo la violencia de los vientos,
Si los robles frondosos con el rayo se abrasan,
Ellos no sienten los golpes que los aplastan;
Mas yo vivo, mas yo siento, y mi corazón oprimido
Socorros pide al Dios que los ha formado
Hijos del TodoPoderoso, pero en la miseria nacidos,
Las manos extendemos hacia nuestro común padre.

Se sabe que el jarro no dice al alfarero:
"¿Por qué soy yo tan vil, tan débil y tosco?
El no tiene palabra, ni tampoco pensamiento;
Esa urna formándose que al caerse quebranta,
De la mano del alfarero no recibió corazón
Capaz de desear bienes y sentir su desgracia.
"Esa desgracia, me dicen, de otro ser es el bien".
De mi cuerpo desangrado mil insectos van a nacer;
Cuando la muerte pone el colmo a los males que sufrí,
¡Vaya gran consuelo, el ser comido por gusanos!
Infelices calculadores de las desgracias humanas,
No me consuelen, exasperan mis penas;
Y en ustedes sólo veo el impotente esfuerzo
De un orgulloso desgraciado que simula contentamiento.
Sólo soy del gran todo una débil parte:
Sí; pero los animales a la vida condenados,
Todos los seres sensibles, bajo el mismo techo nacidos
Viven en el dolor, y mueren como yo.
El buitre, sobre su tímida presa encarnizado,
De sus miembros sangrientos se alimenta con gozo;
A él todo le parece bien; pero pronto le toca su turno;
Un águila de pico cortante devora al buitre;
El hombre con un mortal plomo al altivo águila alcanza
Y el hombre en los campos de Marte en el polvo yaciendo
Sangriento, herido de golpes, arriba de una pila de moribundos
Sirve de alimento horrendo a las aves voraces.
Así del mundo entero todos los miembros gimen:
Nacidos todos para los tormentos, uno por el otro perecen,
¡Y van ustedes a arreglar en ese caos fatal,
Con las desgracias de cada ser una dicha general!
¡qué dicha! o mortal, y débil y miserable.
Con lamentable voz, gritan ustedes: "Todo está bien",
El universo los desmiente, y también su propio corazón
Cien veces de su espíritu ha refutado el error.
Elementos, animales, humanos, todo está en guerra.
Hay que reconocerlo, el mal está en la tierra:
Su principio secreto nos queda desconocido
¿Del autor de todo bien habrá venido el mal?
¿Será el Tifón¹ negro? ¿el bárbaro Arimanes²?
Cuya tiránica ley a sufrir nos condena;
Mi espíritu no reconoce esos monstruos odiosos
Que ayer, el tembloroso mundo, formó como dioses
¿Pero cómo concebir un Dios, todo bondad,
que prodigó sus bienes a sus hijos amados
y que, a manos llenas, sobre ellos virtió tantos males?
¿Qué ojo puede penetrar en sus profundos designios?
Del Ser todo perfecto, el mal no podía nacer;

¹ Principio del mal en los Egipcios.

² Principio del mal en los Persas.

Tampoco de otro³ viene, ya que sólo Dios es dueño.
Sin embargo existe ¡oh tristes verdades!
oh mezcla sorprendente de contrariedades!
O el hombre nació culpable, y Dios castiga su raza,
o ese dueño absoluto del ser y del espacio
Sin ira, sin piedad, tranquilo e indiferente
De sus iniciales decretos sigue el eterno torrente;
o la informe materia, a su dueño rebelde,
En sí lleva defectos necesarios como ella;
O también Dios nos prueba, y esta mortal morada
Sólo es un estrecho paso hacia un mundo eterno.
Aquí enjugamos transitorios sufrimientos:
La muerte es un bien que cierra nuestras miserias.
Pero cuando salgamos de ese horrendo paso
¿Quién de nosotros pretenda merecer la felicidad?
Cualquiera que sea el partido tomado, cada uno debe temblar.
Nada conocemos y todo tenemos.
La naturaleza queda muda, en vano se le interroga;
Necesitamos de un Dios que hable al género humano.
A él le pertenece explicar su obra,
Consolar al débil, iluminar al sabio.
El hombre, a la duda, al error, entregado sin él,
En vano busca cañas en donde apoyarse.
No me dice Leibnitz por qué nudos invisibles,
En el mejor ordenado de los posibles universos,
Un desorden eterno, un caos de desgracias,
A nuestros vanos gozos mezcla reales dolores.
Tampoco dice por que inocente y culpable.
Padecen por igual ese mal inevitable
Tampoco concibo cómo todo quedaría bien:
Como doctor soy ¡Ay de mí! y nada sé.
¿Qué puede pues el espíritu en toda su amplitud?
Nada: el libro de la suerte a nuestros ojos se cierra.
El hombre, extraño para sí mismo, del hombre está ignorado
¿Qué soy, en donde estoy, a donde voy y de donde vengo?
Atormentados átomos encima de ese montón de lodo,
engullidos por la muerte y juguetes de la suerte,
pero átomos pensantes, átomos cuyos ojos
Por el pensamiento guiados, del cielo han tomado la medida;
En el seno del infinito, nuestro ser levantamos,
Incapaces, siquiera un momento, de vernos y conocernos.
Este mundo, ese teatro de orgullo y de error,
Lleno está de infortunados que hablan de felicidad.
Todo se queja, todo gime buscando el bienestar:
Nadie quisiera morir, nadie quisiera renacer.
A veces, en nuestros días dedicados a los sufrimientos,
Con la mano del placer enjugamos nuestros lloros;
Mas el placer toma su vuelo, y, tal sombra, pasa;

³ Es decir de otro principio.

Nuestras penas, nuestros pesares, y pérdidas, sin número quedan.
Para nosotros el pasado sólo es un triste recuerdo;
El presente es horrendo, si no hay porvenir,
Si la noche de la tumba el ser que piensa, destruye
Un día todo estará bien, he allí nuestra esperanza
Hoy todo está bien, he allí la quimera
Los sabios me engañaban, y sólo Dios tiene razón.

(Traducción : Andrés Maylis)

Nuestro agradecimiento a Anabelle Solano, de la Mediateca de la Alianza Francesa de San José, Costa Rica, gracias a quien pudimos acceder a la versión original en francés de este poema, así como a la ilustración.